

EL CALVARIO SUDVIETNAMITA

SUMARIO: I. *Paralelos y santuarios.*—II. *Política interna e internacional y factores geopolíticos.*—III. *Nixon y la vietnamización.*

1

PARALELOS Y SANTUARIOS

Más o menos acentuadamente distanciadas entre sí tanto en el orden del tiempo como en el del espacio, se nos ofrecen tres experiencias posbélicas, todas ellas portadoras de contenido aleccionador, de las cuales dos, geográficamente referidas al continente asiático, y la tercera, ubicada a una zona neurálgica del viejo mundo. Las dos primeras, simbolizadas por los paralelos 38 y 17; la tercera, consecuencia de una obra de mampostería, es decir, un muro que ha sido elevado, indicando que corre riesgo de perder su vida todo aquel que intente evadirse de la satelitización, con rumbo a la libertad, saltando el muro que divide dos mundos. No pocos exegetas, inquiriendo respecto de lo que significan las tres citadas experiencias, han colegido de ese fenómeno posbélico mencionado que no debe considerarse en lo que significa intrínsecamente considerado, sino en cuanto manifestación externa de una situación fáctica de política internacional, consecuencia de la aparición en la esfera mundial de dos superpotencias; y se arguye en el apuntado sentido, aduciendo que virtualmente la política internacional, a cargo de Rusia y Norteamérica, es dable considerarla, cuando menos, potencialmente, y en lo que atañe a su proyección en el espacio, como susceptible de extender su protagonismo a los cinco mundos y a los siete mares más destacados.

Se añade que la mencionada experiencia —a la cual, en el orden histórico, se le asigna la condición de inédita— explica, por lo que tiene de novedosa, la aparición de una acentuada perplejidad, padecida por cuantos intentan desentrañar el auténtico alcance y la específica significación del precitado fenómeno posbélico. Esa reacción desorientadora habría de afectar especialmente a cuantos admitían que si en política internacional la captación de la iniciativa provee a quien a ella aparece vinculado, de factores adecuados

para alcanzar el éxito. Tal principio resultaba afectado por el cúmulo de alteraciones que generara, en cuanto fruto específico, la contienda bélica de 1939 a 1945. De lo que significa el factor iniciativa, acertadamente valorado, del que nos ofrecía adecuado testimonio Foster Dulles en un artículo aparecido en la revista *Life* (19 de marzo de 1952), trabajo en el cual se inten a desentrañar cuál debe ser la misión del hombre de Estado, cuya tarea se cifra en trazar las líneas vertebrales de la política internacional de su país. A este propósito, Foster Dulles, visiblemente afectado por la lectura de las geniales *Filípicas*, de Demóstenes, decía: «En política internacional, la acción prima siempre respecto de la reacción; lo dinámico se antepone a lo estático», y conectando esos dos principios básicos a las exigencias de la política internacional norteamericana, añadía el citado secretario de Estado: «la acción político-internacional norteamericana es dispendiosa por su costo y porque puede poner en peligro la amistad y la libertad de las naciones que se alinean en el mismo frente dialéctico que los Estados Unidos», añadiendo Foster Dulles: «estamos malgastando nuestro prestigio y malbaratamos nuestras amistades en el área del mundo no satelitizado». Decía además Foster Dulles: «en los últimos seis años nuestra política internacional ha sido la llamada de *contención*; tal política no parece adecuada para eliminar el peligro ruso, sino más bien resulta ser un sistema de resignación ante lo que se estima como perennidad de amenaza soviética».

A través de las transcritas consideraciones se destaca una apreciación, no carente de relevancia: la de que los Estados Unidos, produciéndose internacionalmente en el sentido que inspirara a Foster Dulles la formulación de sus inequívocos reproches, ponían en peligro no sólo su prestigio, sino algo más grave y a lo cual aludía Foster Dulles: la amistad, respecto de Norteamérica, de los países insertos en la dilatada área del mundo libre, explicablemente inquietos y preocupados, comprobando de qué modo los Estados Unidos se adentraran en aventuras bélicas, cual la de Corea—a la cual precisamente aludía Foster Dulles—, y actualmente en la del sudeste asiático, actividad guerrera explicablemente no compartida por las naciones que, juntamente con Norteamérica, aparecen como signatarias del Pacto del Atlántico. De ese modo se escindía lo que pudo y debió ser política internacional concorde, referida a los Estados Unidos, en relación con los países no alcanzados por la mácula de la satelitización.

No sólo encierra trascendencia la precedente deducción específicamente considerada, sino en otro sentido: los Estados Unidos son signatarios de

varios convenios, en los cuales figuran Australia, Nueva Zelanda y la propia Norteamérica, tratado concluido en Washington el 1 de septiembre de 1951; nos referimos al Tratado de Seguridad del Pacífico (ANZUS), que afecta a naciones, unas, exclusivamente bañadas por el Pacífico, y la otra, Norteamérica, ribereña a la vez del Atlántico y del Pacífico. Debe hacerse notar que el Canadá no aparece como signatario del precitado convenio, a pesar de que el citado dominio británico tiene una extensión de costa bañada por el Pacífico. Tal ausencia puede explicarse e incluso justificarse si se tiene en cuenta que al referido tratado del ANZUS se le asigna como esfera de aplicación, de específico protagonismo, la del sudeste asiático.

Posiblemente, y en lo que concierne al problema objeto de análisis, acaso sería oportuno formular un reparo, en cuanto testimonio de nuestra disparidad, a saber: el silencio que guardan los espectadores del problema sudvietnamita en lo que atañe al otorgamiento de cierta beligerancia a consideraciones de índole geopolítica, a las cuales nos proponemos otorgar la atención que consideramos merecen. A este propósito, y al objeto de brindar testimonio de lo que constituye objetivo por nosotros perseguido, ofrezcamos una consideración elemental, que al propio tiempo reputamos de oportuna y clarificante.

Aun cuando a través de nuestros trabajos, concernientes al examen de problemas de política internacional, hemos ofrecido reiterado testimonio, consistente en reputar que la geopolítica, prudentemente utilizada, puede contribuir como adecuado factor de esclarecimiento respecto de problemas que resultarían menos comprensibles sin recurrir al auxilio de la geopolítica; ello no obstante, nada más alejado de nuestro ánimo, al formular la precedente afirmación, que el rendir pleitesía exagerada a las normas geopolíticas, además que acaso nos llevaría a correr el riesgo de caer en un pernicioso y condenable determinismo geográfico. Nos anima la esperanza de que, a lo largo de las páginas dedicadas al examen del problema referido, acaso hayamos logrado movernos dialécticamente en una zona de visible equilibrio.

A propósito de lo anteriormente invocado, iniciemos nuestra exposición, refiriéndonos a un fenómeno posbélico, que se ha ofrecido tanto en el viejo mundo cuanto en el continente asiático, consistente en generar problemas sometidos a un proceso dilatorio que cuanto más se prolonga, en la misma proporción se incrementa su complejidad, y, por ende, lo que implica su prórroga en cuanto agente de perturbación, referido a la esfera internacional. En lo que concierne a las mencionadas experiencias posbélicas, se han pro-

ducido, como encarnación de discrepancias, en posición visiblemente destacada, Rusia y Norteamérica, actuando una y otra geopolítica y respectivamente en su calidad de Geocracia la una y de Talasocracia la otra, siquiera recientemente esta plural atribución se haya alterado a impulsos de una complejidad, referida a la primera de las dos mencionadas superpotencias, ambas inevitablemente situadas en perceptible situación polémica de disparidad. Aludimos a lo que constituye notoria evidencia: la tendencia de la Rusia actual a rebasar el sueño de los zares, ansiosos de procurarse una salida al mar libre; actualmente quienes les han sucedido aspiran a transformar y engrandecer el sueño de Pedro I, y para ello han incrementado su flota de guerra, robustecimiento que les permite hacer acto de presencia en los océanos Indico y Pacífico, dando así a entender que Rusia aspira a convertirse en sujeto de la primera experiencia histórica, que consistiría en complementar su condición de superpotencia geocrática con la de superpotencia talasocrática. Como es sabido, esa inclinación complementaria sirviera de estímulo a Inglaterra durante cuatro siglos para evitar, con ademán vigilante, que en la tierra firme europea se instalase una superpotencia, la cual fatalmente tendería a completar en los océanos lo ya consumado en áreas continentales.

Esas tres referidas experiencias, inspiradas en la provocación de secesiones territoriales, allí donde imperaba, hasta que se iniciara el truncamiento de lo que antes había sido unidad política, se ofrecían, como ya hiciéramos notar, en Europa y Asia, y aun cuando se tratara de acontecimientos, más o menos distanciados entre sí, en el orden geográfico, todos ellos parecían constituir fruto de una inclinación expansiva, alimentada desde la relativa inexpugnabilidad de líneas territoriales interiores para así proyectar, desde las mismas, un impulso de ampliación territorial, cuyo objetivo no era otro que establecer contacto con un mar bañando unidades peninsulares. Tal inclinación no dependía sólo de la voluntad impulsora de quien la patrocinaba, sino que obedecía a la proyección de normas constantes, referidas consideraciones de ascendencia geopolítica, de cuya presión no resultaba constituir actividad realizable el pugnar por liberarse de su protagonismo. Además, los que encarnaban, en posición de discrepancia, las citadas inclinaciones expansivas respondían a dos tipos de Estados: unos, de naturaleza geocrática, y otros, de factura talasocrática, y la pugna así entablada entre dos unidades geopolíticamente divergentes e inadaptables se ofrecía a los ojos del espectador interesado en esclarecer su alcance y significación en tér-

minos de no imposible caracterización, que referimos en primer término a la experiencia coreana, con la creación o, si se prefiere, la fabricación de dos Coreas, una situada al norte y otra al sur del paralelo 38, línea divisoria que no parecía ser explicable, y mucho menos demostrable, a tenor de consideraciones históricas, demográficas y geopolíticas; lo único que era dable alegar como realidad podía simbolizarse en una pugna asignable, de un lado a Rusia y China, respecto de la actual Corea nórdica, y de otro a los Estados Unidos de Norteamérica, en posición abiertamente disconforme y parapetándose, los primeros y los segundos, como auténticos promotores de dos beligerancias, tras las capitales de Pyongyang y de Seúl. Existe notoria desigualdad demográfica entre ambas Coreas: 28 millones la del Sur y 11 millones la denominada Corea del Norte; igual desigualdad en el número de ciudades pertenecientes a las dos Coreas: las del Norte, incluida la capital, suman cinco y albergan conjuntamente una población de poco más de un millón de habitantes; las del Sur, incluida Seúl, son ocho y están pobladas por más de seis millones de ciudadanos; por consiguiente, la diferencia demográfica salta a la vista.

De 1948 data la proclamación de una República Popular coreana en el Norte y una República Democrática en el Sur; en esta última, atendida a sus inclinaciones, no engañosamente democráticas, la Asamblea Nacional votara una constitución. Los norcoreanos, en 1950, sin previa declaración de guerra, desencadenaban contra Corea del Sur una ofensiva de agresión que implicara la intervención armada de las Naciones Unidas.

Si puede a primera vista sorprender la innegable audacia de la Corea del Norte desencadenando una guerra, cuyo pronósticoable epílogo no era de difícil predicción, habida cuenta de la desproporción de fuerzas en presencia, tal impresión se elimina recordando que Corea del Norte actuaba al dictado y bajo presión ruso-china, y habida cuenta de que los Estados Unidos, dominando los mares, en situación de adyacencia respecto de Corea del Sur, le permitía incrementar, en la medida necesaria, la cuantía del ejército expedicionario norteamericano; resultaba de difícil explicación esa agresión nórdica. Sin embargo, téngase en cuenta que la citada guerra de agresión se registrara el 12 de julio de 1950 y que justamente seis meses antes —exactamente el 12 de enero de 1950— Dean Acheson, a la sazón secretario de Estado, hacía saber que la República de Corea no se consideraba incluida en el perímetro defensivo de Norteamérica, concerniente al Pacífico; perímetro que, según hacía notar Dean Acheson, se apoyaba en el triángulo:

Aleutianas, Filipinas y Japón, y ello tal vez indujera a la URSS a colegir que ni los Estados Unidos ni las Naciones Unidas osarían hacer frente a la citada agresión. Esa especulación acaso explique la retirada de Rusia del Consejo de Seguridad, ausencia que impidiera a la URSS hacer uso, una vez más y batiendo todas las marcas, de su actuación internacional paralizante del llamado Derecho de Veto; ni acaso entraba en las previsiones a Norteamérica y la proveían de un respaldo, legitimante de su acción, coercitiva y colectiva respecto de Corea del Norte, decisión que convertía a los Estados Unidos en agentes ejecutivos de una decisión previamente aprobada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

De lo anteriormente expuesto, parece adecuado colegir que las circunstancias y las decisiones adoptadas por el Consejo de Seguridad favorecían a Norteamérica y la proveían de un respaldo, legitimante de su acción, respecto de la Corea del Sur. Sin embargo, y no obstante las apariencias, no constituyó desenlace el que podría verse con vistas a los antecedentes relatados. Pero esto requiere la articulación del siguiente reparo. El conflicto coreano, que tan visiblemente situara frente a frente a Moscú y a Washington, va a ser portador de un factor geográfico que, primero referido a Corea, registró, en cierto modo, algo que posteriormente será pluralizado en Indochina. Nos referimos a la aparición no de un paralelo, sino de una situación fáctica, calificada de santuario y a la cual ya nos habíamos referido hace quince años y precisamente en relación con el problema coreano. He aquí, escuetamente referido, lo que entonces esgrimíamos como tesis: el 18 de junio de 1953, a las dos de la madrugada, sonaba el teléfono especial instalado en la cabecera del entonces secretario de Estado: aludimos a Foster Dulles. Se le comunicaba que el presidente Syngnann Rhee había puesto en libertad a miles de prisioneros norcoreanos y chinos, que se negaban a retornar a sus respectivas naciones; acción liberadora a la cual Rhee atribuía la posible consecuencia de la reanudación de las hostilidades, creyendo el citado presidente que así encontraría coyuntura para reanudar la guerra y reinstalar coercitivamente la unidad coreana. Pensando así, Rhee no tenía en cuenta lo que había comunicado Foster Dulles a Jawahral Nehru, afirmando, de modo inequívoco, que caso de reanudarse las hostilidades en la península coreana los Estados Unidos reemprenderían la contienda, con todas sus posibles consecuencias, afirmación que precisa palabras aclaratorias.

Los que luchaban al norte del paralelo 38 se apoyaban en una especula-

ción, en cierto modo excusable, la de que, caso de registrar un revés, en el supuesto de reanudarse la guerra, consideraban *in extremis*, posible su retirada, situándose al norte del río Yalu, territorio al cual entonces se le aplicaba la denominación de «Santuario Manchuriano», refugio adonde calculaban no podía alcanzar la posible contraofensiva del adversario. Sin embargo, de las afirmaciones a cargo de Foster Dulles y comunicadas a Nehru se deducía que el entonces secretario de Estado parecía decidido a recurrir al principio de la «Brink of war Policy» o «Política del riesgo calculado», sistema, reflejada su caracterización, en los siguientes esclarecimientos a cargo de Foster Dulles: «Desde luego a nosotros nos han arrastrado al borde de la guerra. La habilidad de llegar al borde de la lucha, sin entrar en la misma, es el arte que debemos desplegar. Si uno trata de escapar a la guerra, si nos asusta llegar al borde de la contienda, entonces todo está perdido. Hemos llegado al borde y hemos mirado la guerra cara a cara.» Palabras las precedentes de significación inequívoca. Foster Dulles había recurrido al empleo de una dialéctica clara y contundente a la vez. Nada de santuarios manchurianos, ni de especulaciones sobre el río Yalu, elevado a la condición de parapeto, presumiblemente infranqueable. El eco de las precipitadas advertencias no se hizo esperar: las entonces interrumpidas negociaciones de paz se reanudaron y treinta y nueve días después la paz se restablecía; de lo cual parece inducirse que la técnica norteamericana, consistente en llegar al borde de la guerra, había sido puesta a prueba por vez primera, fortaleciéndose así el criterio relativo a la notoria eficiencia, consiguiente a la aceptación y puesta en práctica de la doctrina del riesgo calculado. Por una vez, la ineficiencia del presumiblemente invocado Santuario Manchuriano había sido comprobada, no sólo relevante en conexión con la experiencia coreana, sino tal vez acaso pluralizable frente a otros trances, semejantes a aquel al cual hemos venido dispensando atención. Con ese apuntado epílogo se había mermado una de las posibilidades manipuladas por los teóricos de la denominada «guerra fría», en el sentido de actuar a base de amenazas, más o menos encubiertas, destinadas a quien hiciese caso omiso de las especulaciones, en cuanto arma manipulada, y según algunos incluíble en lo que se denomina ventaja de iniciativa en los problemas de política internacional.

II

POLÍTICA INTERNA E INTERNACIONAL Y FACTORES GEOPOLÍTICOS

La suma de poderes que convergen constitucionalmente en el huésped de la Casa Blanca, implican la acumulación de una escalofriante competencia, pluralmente referida a los problemas domésticos estadounidenses y a las cuestiones de política internacional, sin límites en el orden del espacio y si, en principio, lo que constituía parte integrante en el proceso formativo de la política internacional se enriquecía progresivamente en el orden de su complejidad, no es difícil imaginarse lo que la mencionada cuestión ha implicado y supone para la intensificación de su inesquivable dinamismo. Se percibe la aparición de insistentes ademanes dialécticos, articulados con la finalidad de rehuir, hasta donde ello es factible, el riesgo que irremediablemente porta en sus entrañas, la adscripción a lo que denominaremos achaque de inmediatismo, habida cuenta de que si una rectificación, singular y sólo excepcionalmente ocasional, puede fortalecer la razón de ser de nuestros presupuestos y liberarnos así de navegar a remolque de los a veces cambiantes acontecimientos, las enmiendas sucesivas, próximas en demasía y sistemáticas, reservan incuestionablemente un solo desenlace: el fracaso. Ahora bien, una cosa es innegable: hasta donde ello resulte ser factible debe propugnarse una desconexión de aquello que se considere como líneas vertebrales de la política internacional norteamericana, de otras inquietudes vividas por quienes aspiren a prorrogar su condición de huéspedes de la Casa Blanca, y si hemos aludido al enorme volumen de poder que la constitución norteamericana confiere al presidente de los Estados Unidos, se explica, aun cuando no se justifica, que el achaque, fruto de la pasión por el mando, haga acto de presencia como elemento perturbador de los mandatos presidenciales, especialmente en su significación proyectada hacia el exterior. Veamos si es factible aclarar, aun cuando sea levemente, el significado de las precedentes consideraciones.

Por regla general, en los regímenes republicanos, en cuyo seno se alberga una preocupación democrática, a la cual se rinde visible pleitesía, pugnan por abrirse paso determinadas y acentuadamente significativas propensiones; en primer lugar, apartarse de cuanto signifique acentuar la inclinación, exageradamente episódica, de los mandatos presidenciales, huyendo

de posibles intermitencias, tanto más funestas cuanto más amplio y profundo resulta ser el protagonismo internacional de una nación; en segundo término, no caer en el achaque opuesto, al cual, y especialmente en el mundo trasatlántico hispanoamericano, se le ha bautizado con el apelativo de «continuismo», del que puede citarse como ejemplo el de la segunda presidencia de Porfirio Díaz, en Méjico, que alcanzara la suma de veintisiete años (de 1884 a 1911). Precisamente la excusable oposición hacia cuanto signifique continuismo presidencial explica la aparición de un *slogan* visiblemente difundido al sur de Río Grande: «No reelección.» Digamos que Norteamérica también ha acusado esa inclinación adversa al continuismo, ya que si bien es cierto que la constitución norteamericana no se oponía a etapas presidenciales extensibles a tres mandatos consecutivos, tras la hasta presente única experiencia de dos reelecciones, a cargo de Franklin Delano Roosevelt, se introdujera una enmienda que ha limitado a una sola la posible reelección.

En relación con esa enmienda constitucional norteamericana debe tenerse en cuenta lo que significa, en función del problema del protagonismo internacional, la circunstancia de ostentar Norteamérica —como es el caso de Rusia— la condición de superpotencia, cuyo protagonismo en la esfera internacional supera incluso al de las clásicamente denominadas grandes potencias, condición asignada antes de registrarse la segunda guerra europea y relegado, al menos *de facto*, a un segundo término al registrarse la aparición en la esfera internacional el sistema de la bipolaridad posbélica. De todo lo cual cabe inducir algo que afecta, en mayor o menor acentuada medida, a todos los miembros de comunidad internacional; a saber, el grado de proyección, en el orden del espacio, de los ademanes vinculados internacionalmente a las precitadas superpotencias. Todo lo cual contribuye a popularizar los problemas internacionales, respecto de cuyo eco ningún país puede considerarse parapetado y ausente, cobijado tras un impracticable marginalismo.

Norteamérica nos brinda una aleccionadora experiencia en relación con los problemas de política internacional, a los cuales dejamos hecha referencia. A tal efecto, no estará de más recordar que, a lo largo de ciento noventa y cinco años de historia norteamericana, de los 37 presidentes que hasta el presente rigieran los destinos políticos de los Estados Unidos sólo uno —como ya hiciéramos notar—, Franklin Delano Roosevelt, fuera reelegido dos veces consecutivas, falleciendo en el primer año de su tercer man-

dato. Desde entonces, aprobada la ya referida enmienda a la constitución, sólo se admite una reelección, como fuera el caso de Harry S. Truman, Dwight D. Eisenhower y de Lyndon B. Johnson. George Washington, el llamado «Padre de la Patria», no sólo renunciara a la segunda reelección, que podía vaticinarse como victoriosa, sino que considerara acertadamente que su precipitada y voluntaria renuncia al tercer mandato presidencial constituía prueba evidente y hasta emocionante de su indiscutible ausencia de ambiciones políticas, y ello le deparaba un firme pedestal para que, desde la esfera serena del voluntario ostracismo político le fuera dable brindar consejos a sus conciudadanos, para lo cual les dedicara el contenido, emocionado y políticamente acertado, de su «Manifiesto de adiós», de 17 de septiembre de 1796, documento histórico de tal proyección, que todos los años el 22 de febrero, día del nacimiento de George Washington, es leído ante el Congreso de la capital federal; ello explica que a tal «Manifiesto de adiós» se le aplicara el apelativo de «Biblia de la Política Internacional Norteamericana», y que el citado rótulo no es desmedido lo evidencia rotundamente un hecho: lo que hay de medular en los pensamientos sobre política internacional norteamericana ideados por George Washington constituyera fuente de inspiración para los sucesivos huéspedes de la Casa Blanca, a contar del 17 de septiembre de 1796 hasta el 24 de agosto de 1949, día en que inicia su vigencia el Pacto del Atlántico Norte.

Hemos considerado pertinente ofrecer al lector de esta REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL testimonio de los precitados antecedentes históricos, habida cuenta de que Richard Nixon tal vez se ha despojado, siquiera fuese atenuadamente, de una deseable e íntegra objetividad al referirse el 23 del pasado mes de marzo, en el curso de una entrevista, a su propósito de presentarse a la reelección presidencial en 1972. Nos parece evidente que, en más o menos acentuada medida, el presidente Nixon ya ofreciera testimonio de lo que para él puede significar la aspiración a lograr la prórroga de su mandato presidencial cuando el actual huésped de la Casa Blanca el 1 de abril telefoneaba al almirante Thomas Moorer, presidente del Comité de Jefes de Estado Mayor, para pedirle la detención del teniente Calley en el domicilio que éste ocupaba en la base de Fort-Banning. Falta saber si esa sorprendente, aun cuando constitucional, decisión de Nixon fuera adoptada, teniendo en cuenta lo que le había afectado la exteriorización de una impresionante tendencia de solidaridad con el militar sancionado, sobre todo si se tiene en cuenta que la citada condena sirviera

de *test* para exteriorizar masivamente su parecer, de un lado los adversarios y de otro los valedores de la aventura vietnamita, ya que no debe olvidarse que las acciones imputadas al teniente Calley se registraran en las tierras litigiosas del sudeste asiático. Nixon, procediendo en el sentido apuntado, no parece haber tenido en cuenta que el proceso contra el teniente Calley, ahora en período legal de apelación, se encuentra, por consiguiente, *sub judice*, y en tal sentido, el ademán del presidente norteamericano puede ser interpretado como un acto acaso reprobable, de presión moral respecto del Tribunal que habrá de entender, en vía de apelación, del proceso entablado contra el teniente Calley, y no estimamos posible otra deducción que la formulada por quienes arguyen, en el sentido de catalogar al presidente, voluntariamente incluido en, al parecer, no desdeñable sector de opinión, que pretende elevar a la categoría de una especie de víctima heroica el precitado oficial. Ahora bien, constituyendo el aludido ademán presidencial algo cuando menos sorprendente para un no desdeñable sector de opinión norteamericana, y en cierto modo inadecuado y censurable, no es la apuntada la única consideración que se abre paso a lo largo y a lo ancho de la comunidad internacional. Ahora bien, si algunos exegetas insinúan y otros intérpretes aseveran que el presidente Nixon se decidió a dar un paso que lo sitúa en el campo polémico referido, es tal vez pensando que muchos de los que tan increíblemente desorbitaron el problema planteado por el proceso y sentencia concerniente al teniente Calley puede considerarse como una extensa masa de electores cuyos votos en los comicios de 1972 pueden resultar decisivos para el actual presidente norteamericano. A nuestro entender, se trata de una especulación, no menos peligrosa, que la asignable a todo aquello que no ha sido objeto de consumación, pero aun dando por hecho que los cálculos atribuidos, con más o menos acentuada buena o mala fe, al presidente no resulten fallidos, ello no será obstáculo para que el actual inquilino de la Casa Blanca inicie su improrrogable segundo mandato presidencial, arrastrando una pesada y acaso paralizante hipoteca: aparecer como tomando partido y, en cierto modo, alineándose polémicamente con los detractores, disconformes, aún más que con la sentencia dictada, con la guerra de Vietnam, que consideran injusta, y para airear y fortalecer dialécticamente esta posición de disidencia polémica no desdeñan recurrir a cuantos argumentos puedan contribuir, desde su punto de vista, a robustecer su notoria y apasionada disidencia.

Anteriormente nos hemos referido a la conducta del presidente Washing-

ton, que, laudablemente preocupado por el deseo de ofrecer a sus conciudadanos una irrefutable muestra de objetividad y considerando que ese ademán político vale más que una segunda y posible reelección, redactara un «Manifiesto de adiós», que aun cuando articulado bajo la inspiración de antecedentes concretos no exentos de episodismo, habrían de considerarse como brújula respecto de una época histórica, posterior a la consumación del segundo mandato presidencial, y lo cierto es que a los expresados consejos el destino les reservara una vigencia, que ni incluso el autor de los mismos podía considerar como predecible. Todo hace suponer que George Washington, situado ante el siguiente dilema: obtener su tercer mandato presidencial o desdeñarlo y preferir la articulación de un legado, destinado a servir de guía a aquellos llamados a sucederlo para que les sirviera de orientación, Washington optó por lo segundo, y lo cierto es que la vigencia del citado credo internacional del «Padre de la Patria»—como ya hicimos notar— se prolongó por espacio de ciento cincuenta y tres años, suma de tiempo sólo superada en su dimensión cronológica por la Historia de los Estados Unidos, en cuanto nación soberana, por diferencia de veintiocho años. De ahí que la tabla de valores asignable para determinar los méritos y deméritos de los presidentes estadounidenses no es otra que el indagar en qué medida, los hasta el presente 37 huéspedes sucesivos de la Casa Blanca se dejaron seducir por la obtención de los inmediatos o por aquello que posteriormente habría de prolongarse, a lo largo de sucesivas décadas, baremo que pudiéramos aplicar, respectiva y separadamente, a Richard Nixon y a George Washington, y de tal parangón parece adecuado deducir que George Washington, con acierto o con error, tendía la vista hacia un entonces alejado futuro, apoyándose argumentalmente en que la interposición del Atlántico no debía considerarse tan sólo como un puro e irrelevante accidente geográfico, sino como un inmensidad oceánica, cuya presencia interposicional parecía ofrecer pie para inducir que a un lado y a otro de este dilatado océano emergían dos mundos, uno viejo y otro de reciente etapa protagónica, y debía considerarse inadecuado imaginarse la posibilidad de colaboración orgánica y continua entre un continente recién avenido a la vida independiente y un mundo visiblemente afectado por un proceso de esclerosis y envejecido en la práctica ininterrumpida de guerras intestinas, aun cuando para la mayoría de los intérpretes coetáneos de ese prolongado período histórico parecía inadecuado poner en tela de juicio la innegable condición de internacionales asignada a las predichas polémicas y acciones

bélicas intereuropeas. La versión washingtoniana era innegablemente válida, pero referida, cuando fuera, concebida primero y articulada después, a lo que parecía dilatado y poco alterable futuro, pero inadecuada cuando esa válvula de seguridad, tras la cual se parapetaban los que intentaban predecir, con ambición de alcanzar un dilatado valor temporal (nos estamos refiriendo al denominado «Destino manifiesto») los pocos que lo habían alegado, no percibieran que por lo impreciso del *slogan* resultaba ser, que la excusa dialéctica, formulada con aspiraciones a rehuir toda imputación de responsabilidad, con su significación parecía indicar, que no era a la libre voluntad del gobernante a la que podía exigirle responsabilidades, referidas al modo de realizar una determinada política internacional, sino a factores que estaban por encima de los designios achacables a los regidores de la cosa pública y que podían considerarse como factores externos a los designios de la voluntad humana, y en tal sentido, insoslayables e incontrolables a la vez.

Bien se nos alcanza que el trance ante el cual se encontraran situados el primero y el trigésimo séptimo presidentes de los Estados Unidos de Norteamérica, por la proyección inherente a la interposición temporal de cerca de dos centurias, diferían tanto en el orden sustancial cuanto en el circunstancial y fáctico, ya que no es lo mismo enfrentarse con un problema que, andando el tiempo, habría de afectar a la integridad de un continente, que referirse a un trance sólo concerniente a un extremo peninsular, conectado a la inmensidad del continente amarillo. El problema concerniente a la política internacional norteamericana varía sustancialmente según se refiera a su proyección respecto del hemisferio occidental o en lo que atañe a problemas generados en latitudes acentuadamente distanciadas de Norteamérica y referidas a la inmensidad de un continente, en este caso el asiático.

Last but not least, las dos referidas experiencias difieren en términos tan visibles como acentuados; en lo que concierne a la segunda, los dos grandes protagonistas no pueden, en modo alguno, rehuir lo que implica la proyección respectiva de notorios factores geopolíticos, según afecten a una talasocracia o a una cosmocracia; la primera, por ser potencia oceánica, parece constreñida, caso de conflicto armado frente a su oponente, geopolítico y geócrata, a hacer acto de presencia en un sector periférico, para desde allí intentar un avance sobre la tierra firme; no ha sido otra la experiencia a cargo de Norteamérica en lo que atañe a Indochina; en contraste, quien

óstante la condición de entidad geocrática tiene a su alcance la posibilidad de acudir a la puesta en práctica del sistema de retiradas en profundidad, provocando así el adentramiento de su oponente, logrando el alejamiento progresivo de este último en relación con el inicial sector costero, y posibilitando que el invadido, haciendo uso de la innegable latitud de movimientos que le depara el disponer de la inmensidad de sus líneas interiores, desencadene una contraofensiva, que frecuentemente puede ser decisiva, respecto de su eficiencia y de avance en el camino conducente a la victoria final.

Salvando las diferencias de lugar, de tiempo y de factores geográficos, en tal sentido nos depara una aleccionadora experiencia lo acontecido en Rusia respecto de los sucesivos intentos, malogrados, de invasión y conquista de tierras eslavas; así, en 1610, a cargo de Segismundo de Polonia; en 1708, actuando como invasor de la inmensidad rusa, Carlos XII de Suecia; en 1812, referida la invasión a las tropas imperiales francesas, y en 1941, conectada a la agresión desencadenada por Adolf Hitler. Claro que en los citados supuestos no corresponde la calidad de invasores a naciones talasocráticas, pero ello no obsta para que se registre, a través de esos antecedentes, la invocada experiencia de retirada en profundidad, antecedente del desencadenamiento, casi siempre victorioso, de una contraofensiva a cargo del invadido, el cual, cuando se iniciara el ataque y la penetración en territorio ruso de los invasores, cuidara de dejar a sus espaldas el sistema destructivo de la «tierra calcinada», sembrando además de partisanos las tierras abandonadas en la retirada inicial y logrando que, en la misma medida en que se registraba la penetración del enemigo, se alejara éste de las fuentes de aprovisionamiento, ya que no podían considerarse como tales aquellas que habían sido sometidas a un proceso despiadado de incineración. Téngase además en cuenta que las cuatro experiencias históricas reseñadas se reiterarán, siempre que actúen en posición de mutua hostilidad, una geocracia, invadida, y una talasocracia, invasora, tras instalar una cabeza de puente en las costas de la tierra firme atacada.

III

NIXON Y VIETNAMIZACIÓN

Aquellos exegetas que han pretendido caracterizar, cual pueda ser la específica denominación asignable, no a la política internacional, ideada y practicada por el presidente Nixon, genéricamente considerada, sino a las concepciones del inquilino de la Casa Blanca, referidas al problema del sudeste asiático, vienen a decirnos que la dialéctica del presidente de los Estados Unidos no sólo difiere, sino que puede reputarse como reverso de la política internacional asiática, ideada y practicada por quien había precedido inmediatamente a Nixon en la presidencia. Johnson, como hiciéramos observar oportunamente, a lo largo de sus seis años de mandato presidencial procedió inspirado en una consideración básica: incrementar, progresiva e ininterrumpidamente, la ayuda bélica norteamericana dispensada al Gobierno de Saigón, tanto terrestre como aérea, por lo cual, a la trayectoria asiática, patrocinada por Lyndon B. Johnson, se la denominara como técnica de la escalada, en tanto, y por contraposición, a los propósitos abrigados por Nixon como antitéticos de los propugnados por su antecesor, se les conociera con la denominación de la desescalada progresiva. Ambos términos, denominación simbólica y escueta de dos reacciones, más que diferentes, antitéticas, se inspiraban en la siguiente consideración de tipo numérico y no ciertamente irrelevante. Cuando Nixon se instalara en la Casa Blanca existían en Vietnam del Sur 540.000 soldados norteamericanos, en cuyo ejército expedicionario formaban también soldados norcoreanos y otros procedentes de dominios británicos del Pacífico, pero éstos en reducido número. Ahora bien, desde junio de 1969 se iniciará la retirada de efectivos militares norteamericanos, que a partir de dicha fecha va a persistir sin interrupción y en proporción ascendente; así, en el espacio de tiempo que media entre junio de 1969 y diciembre de 1971, el cuerpo expedicionario norteamericano quedará reducido a 175.000 hombres. Nixon y Johnson parecen coincidir en un extremo: el segundo afirmaba claramente que los Estados Unidos, avezados a cumplir su palabra, en modo alguno dejarían a los sudvietnamitas en la estacada. Algo parecido afirmaba Nixon cuando decía: «Los Estados Unidos no pondrán fin a la guerra sin tener en cuenta lo que

pueda suceder a los sudvietnamitas. No podemos abandonar a nuestros amigos.»

De lo anteriormente expuesto se deduce que ambos presidentes coinciden en un extremo: la expedición bélica estadounidense a Vietnam del Sur, transformada, al sucederse primero los meses y posteriormente los años, en una sangrienta y preocupante aventura, no debe, en modo alguno, conocer como único epílogo lo que supondría dejar a los luchadores sudvietnamitas entregados a sus propias fuerzas, adentrados en una dramática y acaso catastrófica desventura. Ahora bien, la precedente versión, relativa a lo que hay, en parte, de coincidencia en su política internacional, destinada a ser realizada en el sudeste asiático, señala una etapa en el proceso dialéctico a cargo de los dos grandes protagonistas, a la cual hace referencia Nixon en su precitado discurso, pareciéndonos trascendentes estas palabras del inquilino de la Casa Blanca: «Cuando entré en la Casa Blanca había en Vietnam quinientos cuarenta mil soldados norteamericanos y un promedio de trescientos muertos por semana y *no existía ningún plan para terminar nuestra intervención*» (subrayamos nosotros). La última parte de la precedente afirmación contiene, aun cuando implícito, un grave reproche de improvisación dedicado por Nixon a su predecesor, especialmente con vistas al posible impacto de tales declaraciones en el ánimo de la opinión pública estadounidense. Recuérdese de qué modo y a propósito de la guerra sudvietnamita se habla de una pugna armada, librada en el sudeste asiático, y de otra pugna —ésta polémica— manifiesta en el interior de los Estados Unidos; la última de las dos citadas contiendas indudablemente se agudizará en los últimos años, fenómeno explicable si se tiene en cuenta el visible y no sorprendente cansancio y la creciente y amarga desilusión padecida por una gran porción de ciudadanos norteamericanos a lo largo de los seis años de la etapa presidencial de Johnson. Ello había generado la aparición de una creciente impaciencia, estado de espíritu poco adecuado para prestar atención esperanzadora a los planes de Nixon tras formular éste los citados reproches a su antecesor en la presidencia.

Sea cual fuere el criterio que puede merecer al lector la anterior versión, es lo cierto que Nixon, tras exteriorizar los antes citados reparos y para rehuir el riesgo de que a él se hiciesen extensivas las críticas dedicadas a Johnson, afirmaba: «Mi política consistía en vietnamitizar la guerra, entrenar y equipar al ejército sudvietnamita y replegar gradualmente a nuestros soldados», añadiendo, «nuestra intervención militar en aquella guerra está

tocando a su fin y *nuestro objetivo es la retirada total de Vietnam*» (subrayamos nosotros). Explicablemente, la prudencia de Nixon le induce a no ofrecer una fecha predeterminada y fija, brindada a los impacientes, los cuales, explicablemente fatigados, tras no pocos años de vivir con la impresión de que se encuentran sumidos en un atasco, reclaman más concreción por parte del actual presidente. Esa situación de ánimo, no sólo propia de los norteamericanos, consumidos por la impaciencia, sino compartida por algunos columnistas que, cual veremos seguidamente, intentan evidenciar que con su reacción, adquiriendo de Nixon la utilización de términos más explícitos y aquietantes, no actúan a impulsos de lo que algunos podrían calificar de inadecuado alarmismo, y todo ello pensando que no basta invocar, en cuanto palabra mágica y aquietadora, la de «vietnamización», sino que parece indicado interrogar primero cuál es el contenido de esa norma vietnamizadora, y segundo cómo es posible evidenciar que su puesta en práctica actúa en calidad tal que puede aportar al Vietnam del Sur lo que constituiría fruto específico de la política internacional norteamericana, según la caracterizara William Rogers, en voluminoso informe (617 páginas, sin contar otras 20 de introducción) entregado el 27 de marzo a los presidentes de los Comités de Relaciones Exteriores del Senado y de la Cámara de Representantes que lo integra, en los siguientes cinco extremos: 1. Logro de una paz justa; 2. Autodeterminación; 3. Gobierno democrático de los Estados; 4. Bienestar económico, y 5. Seguridad mundial. El propio William Rogers, en su referido informe, al pasar revista a los problemas que conjuntamente integran la política internacional norteamericana, entre los cuales, explicablemente, incluye el de Asia, nos decía: «Al buscar la aplicación de la política de vietnamización no abdicaremos de nuestro papel como potencia del Pacífico, derivado de nuestra geografía, nuestra historia y nuestros intereses políticos y económicos.» Asia es una parte del mundo y por ello resulta afectada por estas otras palabras de Rogers: «Los Estados Unidos deben jugar un papel activo en los asuntos mundiales, pero no preponderante.» De las anteriores apreciaciones se desprende una no desdeñable consecuencia, a saber, el eco de lo que, a lo largo de los siglos XIX y XX, se denominara «Destino manifiesto», que los norteamericanos invocaban como causa explicativa de una política internacional estadounidense, tendente a incrementar la ampliación de la soberanía norteamericana en el orden del espacio, no como fruto de una inclinación predeterminada, de tipo imperialista, sino en cuanto consecuencia, lógica e inesquivable, de presupuestos irrenunciables. Ateniéndose a

tal interpretación, parece atenuarse lo que encerraba, de acusación y reproche, la insistente referencia, a cargo especialmente —y no sin causa explicativa— de las Repúblicas del Nuevo Mundo, situadas al sur del río Grande, al imperialismo norteamericano. En suma, si los Estados Unidos han de hacer frente a una política internacional referida al Pacífico y justipreciable por motivos geopolíticos, ello vale tanto como argumentar en el sentido de que la presencia norteamericana en Vietnam del Sur viene determinada por consideraciones de política internacional, en cierto sentido irrenunciables.

Ahora bien, convendría determinar el nexo que puede existir entre la presencia norteamericana en Vietnam del Sur, referida a los designios abrigados por los Estados, en lo concerniente a determinar: 1.º si la citada presencia es o no irrenunciable; 2.º si no lo es, por lo menos en tanto no se lograra articular una situación que deparase a Vietnam del Sur seguridades respecto a su futura soberanía política y a su integridad territorial; 3.º si realmente es factible alcanzar la finalidad consignada en el segundo de los tres puntos enumerados. Lo único cierto es que el anterior tríptico parece contener los elementos específicos, integrantes de la sedicente vietnamización. A este propósito no estará de más recordar, como algunos exegetas norteamericanos aseveran, que, en esencia, la vietnamización equivale a desamericanización del problema encarado; sin embargo, esa versión no elimina el problema mencionado, sino que plantea otro, a saber: necesidad de especificar lo que habrá de entenderse por desamericanización del problema vietnamita, y parece que a este propósito la versión más aceptable es aquella que la cifra en la no participación norteamericana en acciones militares de tipo terrestre. Dicho en otros términos, el Vietnam del Sur no reemplazaría a los Estados Unidos, asumiendo la entera responsabilidad de las operaciones militares, y a este propósito se nos dice que antes de celebrarse en 1972 las elecciones presidenciales norteamericanas se habrá consumado la total evacuación de los efectivos militares terrestres estadounidenses. Nótese que se carga el acento sobre el apelativo *terrestre*, que sería el único transferible a la entera responsabilidad del Vietnam del Sur, y tal especificación nos parece esclarecer el problema objeto de análisis, y en relación con lo precedente, no estaría de más mencionar una figura que ha desempeñado un papel importante, ya desde los días que antecederan a la catástrofe de Dien-Bien-Fu (7 de mayo de 1954). Tenemos presente en nuestra memoria el nombre del general Giap, figura destacada y casi legendaria, en relación con el conflicto entre Francia e Indochina y cuya presencia y

dirección se dejaron sentir a lo largo de los años transcurridos a partir de 1962, que es cuando se registra la presencia de Norteamérica en Vietnam del Sur. Ahora bien, debe tenerse presente que la historia no se repite, y mucho de lo acontecido a lo largo del conflicto posbélico franco-vietnamita ha sido alcanzado por los efectos del anacronismo; no hay paridad entre ambas experiencias, la francesa en Indochina y la norteamericana en Vietnam del Sur. Bien entendido, no se interprete lo que exponemos oportunamente en el sentido de colegir que Francia tal vez no hubiera padecido el dramático epílogo de Dien-Bien-Fu, en la hipótesis de haber tenido a su alcance en Indochina la fuerza aérea hoy a disposición de los Estados Unidos, pero ello no significa, en modo alguno, que el destino asignable a Indochina en la época histórica a que nos estamos refiriendo y en lo que atañe a la presencia francesa en aquellas alejadas tierras asiáticas estaba destinada a un irremediable fracaso. Francia, en 1946, tras reconocer a la República de Vietnam y declararla asociada con la Unión Francesa —Unión años después desactualizada—, se viera complicada en una pugna armada con Indochina y de cuyo atolladero sólo podía salvarse *in extremis*, signando en Ginebra el armisticio de 21 de julio de 1954. El problema planteado a Francia en tierras continentales asiáticas difería abiertamente de otra experiencia subsiguiente, la africana. Así como en Asia el armisticio subsiguio a una lucha enconada, por el contrario, en tierras africanas (si se exceptúa el caso argelino), las circunstancias concurrentes diferían de las asiáticas en sentido plural: 1.º, va a ocupar la jefatura de la V República el general De Gaulle; 2.º, salvo lo referido a Argelia, en el resto de las colonias francesas de Africa las relaciones entre la ex metrópoli y sus territorios africanos eran pacíficas, y ello precisamente sirviera de apoyatura dialéctica al general De Gaulle para insertar en la constitución de la V República francesa una disposición, a cuyo tenor todos los territorios franceses de Africa que votasen la precitada constitución se transformarían *ipso facto* en Repúblicas soberanas e independientes; sólo se registraron dos excepciones: la ya mencionada de Argelia y la de Guinea, votando en contra de la aprobación constitucional y optando por desligarse totalmente de la que dejaba de ser su metrópoli.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, acaso el lector se explique el porqué de nuestra tesis, a cuyo tenor la experiencia francesa en Indochina difiere, esencialmente y por más de un motivo, del trance ante el cual se encuentran situados los Estados Unidos en el Vietnam del Sur, y si tales antecedentes no nos deparan puntos de orientación más que en sen-

tido negativo, y por ende inutilizables, reputamos adecuado dispensar beligerancia argumental a factores interpretativos, no afectados por la mácula de su significación anacrónica. Queremos decir que si Nixon, respecto del problema asiático ha sido portador de algún criterio atendido a las posibilidades y exigencias de los momentos presentes, esa contribución polémica debe referirse al principio de la vietnamización, al cual ya hemos aludido y respecto de cuyo contenido quisiéramos agregar algunas consideraciones que pudieran ser, pluralmente, complementarias y esclarecedoras.

Digamos, ante todo y una vez más, que no basta aludir a la vietnamización de la guerra, término invocado con notoria reiteración, sobre todo en los últimos meses, y apelativo que, al decir de algunos intérpretes, cabe reputar como constituyendo elemento específico y caracterizador de la política internacional, ideada y desplegada por Nixon en Vietnam del Sur, a que parece adecuado requerir, en cuanto complemento argumental, el de la caracterización adecuada del fenómeno vietnamizador; algunos exegetas, cual hiciéramos notar, nos ofrecen una sedicente tabla de valores, adecuada, según sus invocadores, para alcanzar la precitada y necesaria caracterización, aseverando, a tal efecto, que la vietnamización —como hiciéramos notar— debe considerarse como imagen invertida de la americanización del problema vietnamita, y en lo concerniente a la significación de este segundo vocablo cabe aducir que si la americanización de la guerra se consideraba como factor prolongado en el orden del tiempo, sin señalar de antemano su posible o probable imperio, en tal caso se derrumbaría lo que hay de contenido argumental en la tesis articulada por el presidente norteamericano, ya que en dicho supuesto, la contienda podía ser realidad, con posterioridad al año de 1972, fecha a la cual se refiriera Nixon como posible epílogo, y además seguirá imperando la realidad siniestra de que no sólo los pertrechos de guerra y los elementos logísticos serían norteamericanos, sino la sangre vertida en una lucha, cuyo epílogo no resulta ser fácilmente vaticinable, y ese hipotético y futuro sacrificio de soldados norteamericanos constituiría elemento decisivo, en el sentido de afectar al grado de popularidad de Nixon y, por ende y en la misma proporción, incrementar el volumen de la opinión estadounidense, abiertamente contraria a la luctuosa experiencia vietnamita y si, por tanto, todo induce a pensar que debe condenarse cuanto suponga persistir en la americanización de la guerra, por exclusión no resta otro recurso que el de refugiarse polémicamente en la sedicente vietnamización; de ahí una consecuencia: si se opta, como Nixon sugiere, con noto-

ria y simbólica reiteración, por la vietnamización de la contienda, ¿en qué habrá de consistir ésta y de qué modo aceptable puede caracterizarse? Formulada esa pregunta, no resta otro recurso que el adentrarnos a lo largo de un prolongado camino indagatorio, tarea que intentaremos consumir en las líneas que subsiguen.

Por encima de toda otra consideración antepongamos algo que nos parece evidente: todos coinciden en desear un posible acortamiento del conflicto sudvietnamita, no interpretado ese anhelo en sentido material, sino referido a una paz, tal como la caracterizaba William Rogers, en el por nosotros anteriormente citado y voluminoso informe, presentado, como ya dijimos, a los presidentes de los respectivos Comités de Relaciones Exteriores del Senado (William Fulbright) y de la Cámara de Representantes (Thomas E. Morgan), en el cual se enumeraban las condiciones a cuya consecución debe consagrarse una actividad específica y que, realizada, nos aportaría como fruto una auténtica paz y no una más o menos episódica e inquietante tregua. Lo cierto es que al intento de caracterizar lo que constituye vietnamización, como contrapunto de la americanización, se han consagrado no pocos esfuerzos dialécticos, que explícitamente acusaron un proceso de agudización, especialmente a partir del 8 de febrero de 1971, cuando se iniciara lo que habría de ser catastrófica operación militar sobre Laos, en cierto modo complementaria de lo que precedentemente tuviera como objetivo el alcanzar control sobre Camboya. Se calificará dicha operación *de limitada en el tiempo y en el espacio*, plural finalidad, de la cual parece inducirse que esa acción no podía ni extenderse espacialmente ni perdurar *sine die*; otros, más concisos y acaso mejor orientados, achacaban a los Estados Unidos el designio de acentuar más la guerra en el orden dimensional, incluso abarcando territorios antes considerados como zonas neutralizadas; dicho más escuetamente: acentuar el sentido de la guerra en profundidad para así liberarse de los indeseables e inevitables efectos de su protagonismo, con más seguridad y más rapidez, o lo que es igual, acortar la duración de la guerra, extendiendo el campo de acción de la beligerancia americano-vietnamita.

J. Alsop, en un respaldo dialéctico de la tesis Nixon, consideraba que la finalidad perseguida por el presidente norteamericano no era otra que la de «asegurar una posición lo suficientemente fuerte para que el Vietnam del Sur pudiese atender a la defensa de su independencia después de consumada la retirada norteamericana». De la precedente alegación parecía

inferirse una consecuencia, que está bien lejos de la irrelevancia, y ello porque reconociendo que la evacuación de los soldados norteamericanos se está llevando a cabo a un ritmo constante e innegable, la consecuencia de tal merma no puede ser otra que la siguiente: en la misma proporción en que se prosigue la retirada norteamericana de sus tropas se incrementa la responsabilidad asignable a Vietnam del Sur; o lo que lo mismo: americanización y vietnamización son finalidades inconfundibles en el sentido de que, en la misma proporción que se registra la atenuación de la primera, inevitablemente se incrementaba la segunda, habida cuenta de que Nixon descarta una victoria militar, total y decisoria, en cuanto epílogo de la guerra vietnamita. Ya hicimos notar que la americanización del conflicto no equivale volcar sobre los ejércitos vietnamitas toda la responsabilidad de la contienda, pues el presidente norteamericano ha cuidado de advertir que sus soldados seguirán haciendo acto de presencia en el teatro de operaciones, no en tierra firme, sino en el aire, y ello, además, constituye complemento de las operaciones terrestres, impracticables, sin el complemento del apoyo aéreo prestado por los Estados Unidos. Sobre tal extremo, bueno será recordar, que a lo largo de las operaciones desplegadas sobre Laos, la cooperación aérea destructiva, desplegada por los Estados Unidos, no siempre suprimía vidas enemigas, sino en ocasiones sacrificaba, sin duda por error, a tropas sudvietnamitas; es decir, se trataba de una cooperación altamente extraña en sus efectos.

Nixon no ha fijado fecha aproximada del epílogo asignable a la americanización de la guerra, pero pudiera especularse con el advenimiento del año 1972 y de su epílogo, como desenlace de la guerra, y si esa interpretación no se considera recusable, la pregunta que explicablemente se inclinan a formular nuestros labios, es la siguiente: si las tropas norteamericanas han ultimado virtualmente su evacuación dentro de año y medio ¿es qué durante ese espacio de tiempo se habrá consumado la capacitación de Vietnam del Sur para echar sobre sus hombros la enorme responsabilidad de hacer frente a los efectivos militares de Vietnam del Norte? A tal interrogante respondiera implícitamente el presidente Nixon, en una conferencia de prensa, ante la Asociación de Editores de Periódicos Norteamericanos, celebrada el 16 de abril, al sentar el presidente norteamericano la siguiente y plural afirmación: 1.ª, que la retirada norteamericana se decretará en función de «la posibilidad, al menos, de que Vietnam del Sur pueda defenderse», y 2.ª, que determinar la fecha de tal evacuación, dependería de las circunstancias. Como comple-

mento, Nixon descartó cuanto implique establecer conexión entre la vietnamización a consumir y la celebración de elecciones presidenciales en 1972; habida cuenta de esa interpretación nixoniana, resulta estar inspirada en el circunstancialismo, que por referirse al futuro no puede ser objeto actualmente de fijación cierta. Así lo da a entender Nixon, cuando alude, una vez más, al problema de señalar una fecha límite de permanencia de las fuerzas norteamericanas en Vietnam del Sur, que la conecta a tres principios condicionantes: a) actividad desplegada por el enemigo; b) capacidad sudvietnamita, y c) marcha de las negociaciones de paz. De ese tríptico parece desprenderse una consecuencia relevante: la de que Nixon, al establecer conexión visible entre dos elementos de juicio que se condicionan recíprocamente y referidos, de un lado, a la acción vinculada a los designios y a la posibilidad de cumplirlos por parte del enemigo, y, de otro, a la capacidad sudvietnamita para hacer frente a la posible acción ofensiva del enemigo; relacionando ambos elementos de juicio y aun cuando Nixon no lo afirma específicamente, nos atrevemos a inducir de los citados presupuestos presidenciales, que Nixon considera implícitamente que la actual contienda librada en el Sudeste asiático, no parece inducirnos a registrar la total victoria de uno de los dos beligerantes—el Vietcong o el Vietnam del Sur—sino a una situación castrense tal, que ambos contendientes deduzcan como única enseñanza la de reemplazar la acción de las armas por el diálogo, o, como dijera Nixon, por «la marcha de las negociaciones».

Si hemos traído a colación las precedentes consideraciones, es por reputarlas merecedoras de cita y portadoras de factores de esclarecimiento. En efecto, el lector habrá visto en otra parte de este trabajo una mención conectada a una consideración que nos inducía a formular un reproche, objeción sentada sobre el contraste deparado por dos presidentes norteamericanos, George Washington y Richard Nixon, el primero despojándose de toda consideración de política interior, a cuya dirección renunciaba voluntaria e inequívocamente, para así formular sus consejos con la mayor objetividad posible, y el segundo, en cierto modo prisionero de los acontecimientos bélicos de Vietnam del Sur, complicación que percibe tanto más diáfananamente, cuanto más se suceden los días, los meses y los años; clima fáctico inadecuado para formular profecías de evacuación a plazo predeterminado. Es acertado lo que, una vez más, reitera Nixon, cuando oportunamente afirmaba «especular con una fecha sólo beneficia al enemigo», pero ello no obsta para que el presidente, si bien no predetermina cuándo va a cesar la acción estadounidense en

CAMILO BARCIA TRELLES

Vietnam del Sur, descarte considerar implícitamente como fecha tope las elecciones presidenciales de 1972; tesis que, en cierto modo, se inducía de precedentes manifestaciones a cargo de Nixon y que ahora parece innegablemente afectada por las declaraciones presidenciales de 17 de abril, que hemos glosado, por considerar que bien merecían la consignación de los precedentes comentarios.

CAMILO BARCIA TRELLES